

# USA Y MÉXICO

## VARIACIONES BURLESCAS

Samuel Máynez Champion

A finales de 1843 el violinista belga Henri Vieuxtemps (1820-1881) inició su primera gira por la Unión Americana y lo que descubrió a su paso fue un páramo cultural sin borde alguno. Públicos pedestres incapaces de apreciar las obras maestras de la música y jacalones mal acondicionados como teatros eran la norma aunque destacábase, eso sí, una inusual aptitud de los lugareños para hacer negocios. En el empresario norteamericano Vieuxtemps vislumbró una suerte de prostituta virginal que sólo les abría las piernas a aquellos clientes sobre los que estuviera segura de crearles adicción para, al cabo de calculadas yardas de colchones, despojarlos de todo.

Lo relevante del caso es que en su desesperación, el virtuoso encontró una tonada con la que logró entusiasmar a los inertes melómanos. Tratábase de la canción patriótica *Yankee Doodle*, a la que le compuso una serie de variaciones;<sup>1</sup> gracias a ella sus conciertos dejaron de causar extrañeza y se pavimentó la senda de la aculturación musical del gigante del norte. Anotó con tino el violinista: “Tuve que popularizarme y, para bien o para mal, le abrí el camino a los demás.” Ciertamente en el paisaje sonoro estadounidense de entonces lo habitual era el *fiddle* del emigrante irlandés junto al banjo del esclavo africano, por lo que la presencia del europeo destapó conciencias, matizando la escualidez estética imperante, amén de sentar fundamento para lo que habría de gestarse. Sobrevolemos el asunto para traer a cuento el origen de la canción, ya que en él se manifiesta la ignorancia que emanan nuestros vecinos del norte.

La tonadita se remonta al siglo XV cuando se cantaba en Holanda para mofarse del británico. Sin perder su tono de befa fue adoptada dos centurias más adelante por los mismos ingleses en contra de los puritanos comandados por Cromwell, transformándose de *Yanker dudel*, en holandés antiguo, a *Yankee doodle*, pero sin alterar su significado, es decir, inglés imbécil. Poco después, tropas británicas la emplearon para ridiculizar a los colonos americanos que buscaban su independencia y, he aquí la bella paradoja, éstos se la apropiaron, entonándola como himno libertario. Concluida la guerra se convirtió en emblema de los flamantes federados.

<sup>1</sup> Se sugiere la audición de las mismas que llevan el título de *Souvenir d'Amerique Yankee Doodle* para violín y piano op. 17.

¿Puede bastarnos lo expuesto para señalar la imbecilidad que ellos mismos subrayan cada vez que cantan su “patriótica” melodía? ¿Debemos ahondar en la argumentación para que no se nos tilde de antiyanquis?... Anticipándonos a la respuesta conviene que regresemos al momento en que Vieuxtemps recibe en *New Orleans* una medalla de oro con la inscripción: “*In honour of the first violin of the epoch.*” Corría el mes de marzo de 1844 y en este punto de la historia, recordémoslo, estaban frescas la compra a Francia de Louisiana por la risible suma de 11 millones de dólares y la cesión de Florida por parte de España merced a un tratado leonino. Faltaban tres años para que iniciara el despojo de la franja territorial que hoy comprende los estados de Arizona, California, New Mexico, Nevada y Utah, con porciones de Colorado, Wyoming, Kansas y Oklahoma, ya sabemos de dónde, y no está por demás mencionar que la anexión de Texas fue resultado de una aviesa estratagema surgida después de que el gobierno mexicano rechazó la oferta inicial de compra por un millón de dólares. Nos falta agregarle la artera transacción con los rusos por Alaska para redondear el mapa de la soberbia yanqui, pecado capital en el que se yerguen como campeones. Lo concerniente a Hawaii podemos soslayarlo.

Bien lo escribieron los indios delaware rememorando la bicoca que recibieron por la isla de Manhattan:<sup>2</sup> “El gran hombre blanco quería sólo una tierra pequeña para sembrar verduras. Debimos advertir entonces su espíritu fraudulento.” Y mejor aún replicó el piel roja Noah Seattle:

El gran jefe de Washington envió palabras acerca de su deseo por comprar nuestra tierra. Dicha idea nos es desconocida. Si no somos dueños de la frescura del aire ni del rumor de las aguas, ¿cómo pueden ustedes comprarlos? Las escarpadas peñas, los húmedos prados, el calor del cuerpo del caballo y el hombre, todos pertenecemos a la misma familia. Esto sabemos: la tierra no pertenece al hombre; el hombre pertenece a la tierra. Nosotros consideramos su oferta, pues sabemos que de no hacerlo vendrán con fusiles...

Y con fusiles siguieron moldeando los episodios de su devenir haciendo añicos nuestros efímeros instantes de

<sup>2</sup> Fueron 60 florines desembolsados por holandeses. *New Amsterdam* se transformó en *New York* en 1666 a furia de cañonazos lanzados por británicos.

certidumbre pero, más vale cercenar los  
 abrojos de la impaciencia, que no es  
 éste el final del relato; para él  
 debemos reservarnos el viaje  
 de Vieuxtemps por México  
 acompañado de su  
 poderoso Guarnerius en  
 la aludida gira. Antes  
 de eso es pertinente  
 que narremos sus  
 posteriores estadias  
 en la Unión  
 Americana. La  
 segunda *tournée*  
 tuvo lugar en 1857  
 y fue organizada  
 por un nuevo  
 empresario que le  
 expandió los muslos,  
 perdón, los honorarios.  
 En 90 días Vieuxtemps se  
 vio obligado a tocar 75  
 conciertos. En su diario  
 consignó que había sido un  
 “crimen contra la música.” Juró que  
 no volvería a cometerlo puesto que las  
 audiencias yanquis sólo proporcionaban  
 placeres monetarios; las satisfacciones artísticas estaban en  
 otro lado. Empero, en 1870 el acecho de la meretriz  
 portadora de contratos tornó a materializarse tentando al  
 fastidiado maestro que se rehusó. La idea de ejecutar 121  
 conciertos en seis meses lo aterró, mas la guerra franco-  
 prusiana pronunció la última palabra. De esa tercera gira  
 regresó a su hogar exhausto pensando que había llegado la  
 hora de consagrarse a la enseñanza. Apenas le dio tiempo.  
 Se le paralizó el brazo derecho y su vida de concertista se  
 hundió en la usura del silencio.

Desde el primer contacto con tierras mexicanas el  
 contraste fue ostensible. En Veracruz, Henri fue recibido  
 por un comité de bienvenida que lo aguardaba con flores,  
 sones y frutas. Un coro de niños le deleitó los oídos. El  
 adepto a la organización de la gira, un tal Terroba, resultó  
 que no honraba su apellido. Hablaba un francés culto y el  
 oficio de empresario lo ejercía por amor a la música.  
 Además de respetar los acuerdos económicos lo colmó de  
 atenciones. Ante la frigidez emocional del manager  
 yanqui, Terroba sobresalió por su señorío. En una cena en  
 su casa, cosa impensable con el gringo que le había  
 descontado cada comida, sucedió el primer imprevisto.  
 Una oriunda le dinamitó las entrañas al pianista  
 acompañante, quien se obstinó en cancelar sus  
 participaciones para quedarse a su lado. Eso no aconteció.

<sup>3</sup> Se recomienda la escucha de la pieza *La Nuit*, transcrita, efectivamente, durante la  
 estadia mexicana de Vieuxtemps.



Vieuxtemps y su acompañante se  
 dirigieron a la Muy Noble Ciudad de  
 México dejando atrás pañuelos  
 ondeantes. Durante el trayecto  
 Henri transcribió una  
 hermosa pieza que  
 encajaba con la calidez  
 de las noches  
 mexicanas.<sup>3</sup>

La visión de la urbe  
 demudó a los  
 visitantes. Jamás  
 hubieran imaginado  
 la magnificencia de  
 sus edificios ni el  
 despreocupado  
 tropel de sus  
 transeúntes. En una  
 carta a su familia,  
 Henri comentó que  
 México estaba lleno de  
 misterios pero que su sol  
 alejaba cualquier melancolía.

Radiante fue la sorpresa ante el  
 Gran Teatro Nacional que podía superar  
 a muchos de Europa. 2248 asistentes

tributaron ovaciones sin parangón y para cautivarlos no  
 fue necesario recurrir a charlatanerías. El repertorio  
 preparado bastó y sobró. Con abrazos sinceros fueron  
 despedidos en la garita oriente de la ciudad. De regreso a  
 Veracruz se presentó otro imprevisto rayano en la  
 tragedia: El carruaje fue amagado por asaltantes.  
 Vieuxtemps temió por sus pertenencias; pensó en su  
 violín en manos indignas y se le obturó la garganta. La  
 alarma fue innecesaria. En lugar de monedas los  
 forajidos prefirieron que tocara algo para ellos. Una  
 intrincada tarantela motivó la despedida: “*A los músicos  
 los respetamos porque le hacen bien a la gente...*” ☒

---

**Samuel Máynez Champion.** Violinista mexicano, profesor del Conservatorio  
 Nacional de Música. Egresado de la Escuela de Música de la Universidad de  
 Yale y del Conservatorio Giuseppe Verdi de Milán. Fue acreedor al premio del  
 Instituto Italo-latinoamericano de Roma. Residió en Europa, recibiendo lecciones  
 de maestros como Henryk Szeryng, Peter Rybar y Franco Gulli. Ha actuado  
 como solista con las Orquestas Sinfónica Nacional de México y Finlandesa de  
 Jyväskylä y en La Scala de Milán, el Regio de Turín, el Lincoln Center de Nueva  
 York, la Sala Nezahualcóyotl y el Palacio de las Bellas Artes de la ciudad de  
 México. En 1996 fundó el *Alauda Ensemble*, agrupación con la que ha realizado  
 giras, grabaciones y estrenos, tanto de música mexicana como latinoamericana.  
 Paralelamente a su actividad musical se dedica también a la creación literaria.  
 Su obra de teatro *Antonio Lucio, la música de Dios* –sobre la vida de Vivaldi–  
 se ha representado en varias ocasiones y su libreto para la cantante escénica *Un  
 Ingenioso Hidalgo en América*, creado al alimón con el eminente compositor  
 Luis Bacalov, se estrenó en el marco de las celebraciones del IV Centenario del  
 Quijote. Es un creyente fervoroso en los poderes curativos de la música y no  
 tiene la menor duda de que, volando sobre sus alas, el hombre tendría mejores  
 posibilidades de dignificar su existencia.